

Personalidad política de Juárez.

IV

Cualquiera que haya leído mi anterior capítulo III; podrá figurarse que he hecho en ligeros perfiles el retrato de Juárez. Ni por pienso. Todavía no he dicho quièn es, ni siquiera aproximadamente.

Pero lo voy á decir.

Preciso es rendir un tributo de justicia à la muerte.

Nada de extraño tiene que Cèsar Cautú no haya conocido al hombre, porque aún algunos mexicanos lo desconocen.

El asunto, sin embargo, tiene más importancia de lo que parece, porque no se trata de la biografía de un individuo, sino de la historia política de un pueblo que en él se refleja y personifica. No se concibe ni puede explicarse el estado actual político de México, sin haber estudiado detenidamente ese período de elaboración, corto, pero muy difícil y lleno de combates que le ha precedido, el cual no es comprensible sin haber reconcentra-

do toda la atención en la figura política de D. Benito Juárez.

No quiero hacer de este personaje histórico un mito, ni mucho menos un ídolo, porque no le reconozco ninguna condición divina, ninguna cualidad maravillosa. Nada encuentro en él que hable á la imaginación. No es el tribuno que arrebatara con su palabra sonora y elocuente. No es el apuesto guerrero sobre brioso caballo que ostenta su gallarda figura en lo más alto de la trinchera. No cruzaba los brazos sobre el pecho, como Napoleón, con actitud académica, inclinándose hacia la frente su tricorneo en facha, para que pudiera inmortalizarlo un Manzoni, cantando en su loor las mejores estrofas que se han escrito en lengua italiana. No adornó su cabeza con la corona imperial como Iturbide; no perdió un miembro en campaña, como Santa-Anna; no ciñó espada, ni jamás se vistió de uniforme. Tampoco fué de magestuosa y elevada estatura, de imponente altivo mirar; y su rostro de color mate, por no presentar ningún accidente, aparecía limpio de barba.

Y este hombre, empeñado en la más formidable y complicada lucha, vivía en un pueblo impresionable, dado á la maravilla, de tradiciones guerreras, donde hasta los curas usaron la faja de general.

No le cuadraba la Dalmática del Dux y la peluca veneciana; no conoció las primeras aplicaciones del árnica para curarse á modo de milagro las heridas que nunca recibiera, ni usó, como Napoleón, camisa de amianto para lavarla al fuego con asombro del campamento.

Era su misión fundar una República democrática, y hubiera estado fuera de su papel no confundiendo con el pueblo, del cual traía origen. En señal de persona decente, vestía siempre un frac negro, que es el verdadero uniforme del ciudadano.

Tuvo que combatir grandes pasiones y atropellar respetables intereses.

Los conservadores de la época sólo podían ver en él al novador peligroso, y así hubieron de considerarle también algunos españoles radicales en el país, que tenían importantes intereses que defender. Todo esto se explica.

La lucha empeñada ofrecía graves inconvenientes de carácter religioso y político, de tradición y de hábitos, y aumentaban las dificultades de D. Benito sus propios correligionarios, que careciendo del valor de la iniciativa, le presentaban á la oposición como blanco de todas las odiosidades.

Así, pues, era natural que se le achacaran todos los defectos que tenía y dejaba de tener, pues es táctica de los partidos políticos desautorizar al enemigo para despojarle de todo influjo personal. No faltó quien por estas razones le acusara de comprensión tardía y difícil; no viendo en él más que condiciones vulgares, porque nunca escribía, apenas hablaba, y entre dientes decía monosílabos y frases de lugares comunes, acompañando la acción con golpecitos suaves sobre los nudillos de la mano izquierda con los dedos de la derecha.

Este personaje histórico que no tuvo jamás ningún

perfil de relumbrón, no puede hablar á la fantasía. Por eso está mal juzgado. Mas por eso ofrece extenso campo de curiosidad y de estudio al hombre reflexivo, que lejos de aquellos sucesos y sin pasiones que le ofusquen, busca con la frialdad de la razón, la verdad histórica.

Se explica por todo lo dicho, que al juzgarlo á distancia y con informes dudosos, no le haya comprendido bien César Cantú.

Pero Juárez, audaz sin ostentación, valiente sin altanería, silencioso y envidiado, falto de recursos y despojado de pasiones violentas, sin dar ninguna batalla, ganó todas las campañas por la libertad, que no pudo consolidar con el reposo en el gobierno.

Mas no es justo ni admitido en buena crítica racional aplicada al estudio de la historia, exagerar los vacíos que dejó, para negarle las grandes cosas que hizo.

Verdad es que hay algo que censurar en cuanto á la organización del Estado y los ejercicios de las funciones constitucionales, y más que todo, respecto de la falta de reposo y seguridad personal en el país, que se prolongó hasta el gobierno del ilustre general D. Porfirio Díaz, quien también representó un importante papel en la lucha con el imperio y merece un testimonio de justicia del historiador imparcial.

D. Benito Juárez fué sencillamente un hombre, dentro de las leyes del género humano, pero formando

su sujetividad una de sus multiplicadas variedades, dignas de estudio.

Todavía no he dicho lo que fué, si bien he indicado algo al trazar los ligeros perfiles de sus orígenes y enseñanza.

Sólo buscando un ejemplo dentro del país para dar la mayor luz posible á mis ideas diré, que la educación de D. Benito fué enteramente distinta á la de D. Sebastian Lerdo de Tejada. Falto de tiempo para dedicarse con afán á los estudios literarios, no ejercitó sus facultades con esa gimnasia de inteligencia que se acostumbra en las academias; y aunque abogado recibido, nunca mostró afición á sostener el pro y el contra en el foro, cuyo uso del sofisma por la fuerza del oficio, tiene el peligro, casi siempre inevitable, de constituir en el hombre el hábito de hacer de lo blanco negro.

El uso del sofisma, imperando primero en la filosofía griega, introducido después en el derecho romano, ha llenado de dudas la ciencia y de recursos bastardos el procedimiento. Por esta razón muchas veces, esa ilustración vasta que hace á los hombres eruditos, no es el faro reducido á un solo punto de vista que señala con seguridad el puerto, sino la extensa luz indecisa de la tarde, que derramada en los espacios, descubre muchos horizontes, pero no señala un camino cierto.

Esto explica en ciencia y en política esas lamentables divagaciones, esa vacilación, esas dudas, esos arrepentimientos que se resuelven siempre en catástrofes ó errores trascendentales.

Así los grandes eruditos, jamás pasan de ser ilustres ecléticos, como César Cantù, que deja pensar á á otros lo que debe pensar él; y los políticos de la misma escuela dejan hacer á los demás, mientras vacilan, lo que deben hacer por sí mismos, disculpándose después con las decepciones, como aquellos, con los datos mal recogidos y los antecedentes no bien consultados.

Esto le pasó á D. Sebastian, y cuando se vió solo, en el primer encuentro se vió derrotado. Por esta razón tienen los caracteres tanta importancia en la historia.

Los verdaderos héroes en la historia, no són Cusin y Montesquieu, sino aquellos que acumulan conocimientos subordinados á una idea fija, á un pensamiento superior, á un criterio propio, á un plan, á un método, y se llaman en ciencia, Galileo, Colón, Descartes, Newton, y en política Richelieu, Cromwell; Cavour, Washington.

La ciencia, como la política, són un verbo activo en tiempo presente. Aquella pide CONCLUSIONES y esta exige ACTOS.

Cuando las conclusiones no se dan, queda el problema intacto, en pié la hipótesis, con todas sus dudas, con todos los peligros de sus falsas aplicaciones.

Cuando en política se duda entreteniéndose la atención con varios puntos de vista y no se da el decreto y se hace cumplir, el gobierno está muerto.

Por eso, cuando falta la firmeza de las propias convicciones y el plan, la erudición abundante perjudica, porque es el mayor inconveniente que se opone á la uni-

dad y energía de la acción. Se lleva la duda á los auxiliares y estos no responden con fidelidad.

La atención de D. Benito, nunca distraída, ni aun á título de solaz y reposo en ejercicios de ideología, apremiada siempre por la necesidad de momento y las dificultades del día, tuvo de reconcentrarse en un solo punto de vista sin tregua á divagaciones, que debilitando la acción, hubieran dado por resultado inmediato la muerte.

¿Quién era, pues, D. Benito Juárez por razón orgánica y hábitos de educación?

Después de lo dicho, no ofrece dificultad la respuesta:

D. BENITO JUAREZ ERA UN CARACTER.

En él se caracterizaba el movimiento histórico, se personificaba la necesidad de la época, se concentraba la acción.

Así se vé siempre su figura tenaz en el compromiso, mientras todas las demás por notables que fueran, aparecen y desaparecen durante el largo período de la revolución, como sombras de linterna mágica; y cuando las propias fuerzas se sublevan, se disuelven á su presencia.

Véase, por consiguiente, con cuánta ligereza un historiador como César Cantù se ha ocupado del hombre, verdadero carácter prominente, en el que se refleja todo el período más importante y más accidentado de la historia de México.

¡Lamentable error de César Cantú tan versado como ha tenido que hacerse por su propio trabajo en el estudio de los hombres y las cosas!

Sólo los grandes caracteres han realizado las grandes cosas en la vida, apesar de las mayores ilustraciones concurrentes, que al prestarles auxilio con sus luces, han llenado de errores, de inconvenientes y de vicios el procedimiento.

No constituye excepción la historia de Don Benito Juárez en este punto. Como Washington siente la idea, la personifica y la realiza. Logrado el triunfo la campaña ha terminado. Allí comienza otra historia, donde el trabajo de organización y procedimientos de gobierno, constituye la obra solidaria con los consejeros y ministros, es decir, con las ilustraciones concurrentes que prestan el auxilio de sus luces. Y la diferencia es muy notable, porque allí está la acción personal siempre obrando, y aquí la acción es deliberante. Por eso pide otro análisis.

En este momento en que hago historia con la pluma en la mano, no soy conservador ni liberal, ageno de todo punto à las pasiones y à los intereses que durante la lucha se agitaron. Sólo con recto y severo juicio y entera imparcialidad pueden estimarse en su justo valor las cosas y personas.

Trazado el perfil de D. Benito Juárez como carácter, verdadero reflejo del período histórico de que me ocupo, puedo decir algo à César Cantú acerca de la

significación filosófica y política del Imperio; y le harè ver cómo lo llena todo à mis ojos la noble y caballeresca figura personal de Maximiliano, cuanto es deficiente en absoluto con el cetro en la diestra, sin que sea verdad de ninguna manera que comprometiese la institución por las torpezas que algunos le atribuyen, sino que era imposible en sí misma. Y de tal modo el nécio vulgo se apodera de la historia, que todavía hay quien dice, que Carlota tenía más talento que su marido, y si ella hubiese gobernado, el imperio hubiera tenido una vida secular en esta tierra.

Ya demostraré à todas luces lo contrario, porque si la tumba de Juárez me demanda un tributo de justicia contra las censuras de la vulgaridad, no me la pide con ménos razón el ilustre difunto, que lleno de luces intelectuales y de generosos sentimientos, supo morir como mueren con entera personalidad los hombres honrados en el cadalso.
